

las formas materiales, no debe reglarse la actividad de éstas por la incapacidad de aquella, sino segun la proporcion que hemos establecido; determinando que las formas materiales, como dependientes esencialmente en su sér de la materia, tienen tambien su obrar limitado dentro de la esfera de los objetos materiales. Ésta es la raya más justa que se puede tirar para dividir los términos de la facultad cognoscitiva de los brutos y la del hombre, y otra cualquiera que se tire, ó más adelante ó más atras, será absurda y arbitraria.

§ IX.

Argúyese, lo último: en las sagradas letras se les niega entendimiento y razon á los brutos; luego pruébase el antecedente de aquellas palabras del salmo 31: *Nolite feri sicut equus et mulus, quibus non est intellectus*; y aquellas de la epístola segunda de san Pablo: *Velut irrationabilia pecora*.

Respondo, lo primero, que fácilmente podriamos oponer textos á textos, pues en *Job* (1) se halla, que Dios dió entendimiento al gallo: *Quis posuit in visceribus hominibus sapientiam? Vel quis dedit gallo intelligentiam?* Que aunque se dice en forma de interrogante, del contexto consta que es aseveracion. Y en los *Proverbios* (2) se lee que tiene sabiduría la hormiga, de la cual puede aprender el hombre: *Vale ad formicam opiger, et considera vias ejus, et discite sapientiam*.

Respondo, lo segundo, que la Escritura por lo comun no usa de las voces segun el rigor filosófico, sino segun el uso civil, de lo cual se podrian dar innumerables ejemplos. Basten estos dos, tomados del capítulo primero del *Génesis*: en el versículo 21 se dice, que crió Dios los peces cetáceos: *Creavit Deus cete grandia*; siendo cierto que hablando filosóficamente no los crió, pues los hizo de sugeto ó materia presupuesta. Y en el versículo 30 sólo atribuye vida, ó alma viviente, al hombre y á los brutos: *Et cunctis animantibus terræ, omnique volucris cæli, et universis, quæ moventur in terra, et in quibus est anima vivens, ut habeant ad vescendum*; lo cual no quita que las plantas tengan vida ó alma viviente, conviene á saber, vegetativa. Como, pues, estas voces, *entendimiento, razon, discurso* y otras semejantes, en el uso civil y comun significan con más estrechez que tomadas filosóficamente, y suponen sólo por la facultad cognoscitiva del hombre, en este sentido las toma la Escritura cuando niega tales atributos á las bestias. Fuera de que, comparados los brutos con los hombres, legítimamente se pueden llamar irracionales, por faltarles aquel conocimiento superior, propio del hombre. Así, David llama bárbaro al pueblo egipcio, refiriendo la salida del pueblo de Israel de aquella tierra: *In exitu Israel de Agypto, domus Jacob de populo barbaro*. Consta, no obstante, que no habia entónces gente de mayor policia y cultura de letras que los egipcios; pues en los *Actos de los apóstoles*, para ponderar la ciencia de Moisés, se dice, que aprendió toda la sabiduría de los egipcios: *Et eru-*

(1) Capítulo xxxviii.

(2) Capítulo vi.

ditus erat Moyses omni sapientia ægyptiorum. Pero pudo David llamarlos bárbaros, porque los hebreos los reputaban tales, porque carecian del conocimiento más importante; esto es, del verdadero Dios.

Y en cuanto al primer texto que se nos opone del salmo, tomando la voz *entendimiento* é *inteligencia* en el riguroso sentido en que santo Tomas lo toma, por el conocimiento de las cosas universales é incorruptibles: *Intelligere enim est universalium, et incorruptibilium*, absolutamente se debe decir, que los brutos carecen de entendimiento A que añadiremos, que el salmista toma allí la voz *entendimiento* en este sentido; pues exhortando á los hombres á que no se hagan como las bestias, que no tienen entendimiento, quiere decir, que no consideren y abracen los bienes sensibles y materiales, como hacen los brutos, sino los espirituales y eternos. Luego, así como no se puede inferir de aquel texto que los hombres carnales, que viven *more brutorum*, no entienden ni discurren en órden á los bienes sensibles, tampoco se puede inferir lo mismo de los brutos, á quienes se comparan.

§ X.

Para complemento de este discurso se resolverá aquí brevemente otra cuestion curiosa, que tiene algun parentesco con la principal; conviene á saber, si los brutos tienen locucion propriamente tal, ó idioma con que se entiendan entre sí los de cada especie.

En que, lo primero, decimos que se deben condenar como fabulosas algunas narraciones que hay en esta materia, si no intervino obra del demonio en ellas. Tal es en Homero la del caballo de Aquiles, llamado Xanto, que le pronosticó la muerte á su dueño. Tal en Julio Obsequente, escritor latino, la del buey que avisó á los romanos de la inundacion que amenazaba el Tiber con estas voces: *Roma, tibi cave*; «Guárdate, Roma.» Tales otras muchas de aquel gran amontonador de prodigios Tito Livio, en las cuales juzgo que no hay más verdad, que en que un árbol hablase á Apolonio Tiano, como cuenta Filostrato; en que un rio saludase á Pitágoras, como refiere Porfirio; en que hablase el laurel consagrado á Apolo, en Metaponto, como se lee en *Ateneo*, y en que á Mahoma, en la vuelta de Mecca, le rindiesen el mismo obsequio cuantos árboles, peñascos y montes halló en el camino, como mienten los mahometanos, y queda impugnado en el discurso acerca de *Milagros supuestos*, página 117.

Digo, lo segundo, que algunos brutos que tienen la lengua acomodada para ello, pueden, por instruccion, imitar las voces humanas. Esto se ve cada dia en los papagayos. Y otras aves son capaces de lo mismo, como el cuervo que todos los dias iba á saludar en público á Tiberio, Germanico y Druso; el célebre tordo de Agripina, madre de Neron, y aquella multitud de pájaros que el cartagines Hanon enseñó á decir: «Hanon es Dios;» y despues, puestos en libertad, en todas partes repetian la misma sentencia, con asombro de los africanos, que, creyéndolos inspirados de superior númen, estuvieron cerca de erigir templos al astuto Hanon, quien con ese fin habia instruido aquellas aves. Aun los cuadrúpedos

son capaces de lo mismo. En las *Memorias de Trevoux* es citado el célebre baron de Leibnitz, que dice vió un perro, el cual articulaba hasta treinta voces alemanas, aunque no con perfeccion.

Digo, lo tercero, que aquellos sonidos ó voces, diversamente moduladas, de que usan los brutos, no constituyen locucion verdadera ó idioma propriamente tal. La razon es, porque este consta de voces inventadas á arbitrio y significativas *ad placitum*; pero las de los brutos no son tales, sino inspiradas por la misma naturaleza ó signos naturales; lo cual se colige evidentemente de que del mismo modo aullan, verbi gracia, los perros en Alemania que en España, y del mismo modo graznan los cuervos en Asia que en Europa; y si se explicasen por instruccion, en diversas tierras tendrian diferente explicacion, como los hombres.

Digo, lo cuarto, que aquellas voces son significativas

de sus propios afectos, mas no de las cosas que perciben con los sentidos. La razon es, porque, respecto de la multitud de objetos que perciben, es poquísima la variedad que notamos en su voz. Así, no merece alguna fe lo que Filostrato cuenta de Apolonio, que entendia el idioma de las aves, y el gracioso suceso que á este asunto refiere. No niego por eso que las voces de los brutos, significando inmediatamente sus afectos, signifiquen mediatamente con alguna generalidad los objetos que mueven sus afectos; pero esta no es locucion, así como no lo es en nosotros levantar el grito cuando nos dan un golpe, aunque el grito, significando inmediatamente el dolor, signifique mediatamente el golpe que le ocasiona.

Si es posible, ya que no le haya de hecho, invencion de idioma entre los brutos, es materia de discursion más larga, y ya este discurso se ha extendido mucho.

AMOR DE LA PATRIA Y PASION NACIONAL.

§ I.

Busco en los hombres aquel amor de la patria que hallo tan celebrado en los libros; quiero decir, aquel amor justo, debido, noble, virtuoso, y no le encuentro. En unos no veo algun afecto á la patria; en otros sólo veo un afecto delincuente, que con voz vulgarizada se llama pasion nacional.

No niego que revolviendo las historias se hallan á cada paso millares de víctimas sacrificadas á este ídolo. ¿Qué guerra se emprendió sin este especioso pretexto? ¿Qué campaña se ve bañada de sangre, á cuyos cadáveres no pusiese la posteridad la honrosa inscripcion funeral de que perdieron la vida por la patria? Mas si examinamos las cosas por adentro, halláremos que el mundo vive muy engañado en el concepto que hace de que tenga tantos y tan finos devotos esta deidad imaginaria. Contemplemos puesta en armas cualquiera república sobre el empeño de una justa defensa, y vamos viendo á la luz de la razon qué impulso anima aquellos corazones á exponer sus vidas. Entre los particulares, algunos se alistán por el estipendio y por el despojo; otros, por mejorar de fortuna, ganando algun honor nuevo en la milicia, y los más por obediencia y temor al príncipe ó al caudillo. Al que manda las armas le insta su interes y su gloria. El príncipe ó magistrado, sobre estar distante del riesgo, obra, no por mantener la república, sí por conservar la dominacion. Ponme que todos esos sean más interesados en retirarse á sus casas que en defender los muros, verás cómo no quedan diez hombres en las almenas.

Aun aquellas proezas que inmortalizó la fama como últimos esfuerzos del celo por el público, acaso fueron más hijas de la ambicion de gloria que del amor de la

patria. Pienso que si no hubiese testigos que pasasen la noticia á la posteridad, ni Curcio se hubiera precipitado en la sima, ni Marco Attilio Régulo se hubiera metido á morir en jaula de hierro, ni los dos hermanos Filenos, sepultándose vivos, hubieran extendido los términos de Cartago. Fué muy poderoso en el gentilismo el hechizo de la fama póstuma. Tambien puede ser que algunos se arrojasen á la muerte, no tanto por el logro de la fama, cuanto por la loca vanidad de verse admirados y aplaudidos unos pocos instantes de vida, de que nos da Luciano un ilustre ejemplo en la voluntaria muerte del filósofo Peregrino.

En Roma se preconizó tanto el amor de la patria, que parecia ser esta noble inclinacion la alma de toda aquella república. Mas lo que yo veo es, que los mismos romanos miraban á Caton como un hombre rarísimo y casi bajado del cielo, porque le hallaron siempre constante á favor del público. De todos los demas, casi sin excepcion, se puede decir que el mejor era el que, sirviendo á la patria, buscaba su propria exaltacion más que la utilidad comun. A Ciceron le dieron el glorioso nombre de *padre de la patria* por la feliz y vigorosa resistencia que hizo á la conjuracion de Catilina. Este, al parecer, era un mérito grande, pero en realidad equívoco; porque le iba á Ciceron, no sólo el consulado, mas tambien la vida, en que no lograrse sus intentos aquella furia. Es verdad que despues, cuando César tiranizó la república, se acomodó muy bien con él. Los sobornos de Jugurta, rey de Numidia, descubrieron sobradamente qué espíritu era el que movia el senado romano. Toleróle éste muchas y graves maldades contra los intereses del Estado á aquel príncipe sagaz y violento; porque á cada nueva insolencia que hacia enviaba nuevo presente á los senadores. Fué, en fin, traído á Roma

para ser residenciado; y aunque, bien léjos de purgar los delitos antiguos, dentro de la misma ciudad cometió otro nuevo y gravísimo, á favor del oro le dejaron ir libre; lo que en el mismo interesado produjo tal desprecio de aquel gobierno, que á pocos pasos despues que habia salido de Roma, volviendo á ella con desden la cara, la llamó *ciudad venal*; añadiendo que presto pereceria, como hubiese quien la comprase: *Urbanem venalem, et maturè perituram, si emptorem invenerit.* (SALUST., in *Jugurtha.*) Lo mismo, y aún con más particularidad, dijo Petronio:

Venalis populus, venalis curia patrum.

Éste era el amor de la patria que tanto celebraba Roma, y á quien hoy juzgan muchos se debió la portentosa amplificación de aquel imperio.

§ II.

El dictámen comun dista tanto en esta parte del nuestro, que cree ser el amor de la patria como transcendente á todos los hombres; en cuya comprobacion alega aquella repugnancia que todos, ó casi todos, experimentan en abandonar el país donde nacieron, para establecerse en otro cualquiera; pero yo siento que hay aquí una grande equivocacion, y se juzga ser amor de la patria lo que sólo es amor de la propia conveniencia. No hay hombre que no deje con gusto su tierra, si en otra se le representa mejor fortuna. Los ejemplos se están viendo cada dia. Ninguna fábula entre cuantas fabricaron los poetas me parece más fuera de toda verisimilitud, que el que Ulises prefiriese los desapacibles riscos de su patria Itaca á la inmortalidad llena de placeres que le ofrecia la ninfa Calipso, debajo de la condicion de vivir con ella en la isla Ogigia.

Dirásemse que los scitas, como testifica Ovidio, huian de las delicias de Roma á las asperezas de su helado suelo; que los lapones, por más conveniencias que se les ofrezcan en Viena, suspiran por volverse á su pobre y rígido país; y que pocos años há un salvaje de la Canadá, traído á Paris, donde se le daba toda comodidad posible, vivió siempre afligido y melancólico.

Respondo que todo esto es verdad; pero tambien lo es, que estos hombres viven con más conveniencia en la Scitia, en la Laponia y en la Canadá, que en Viena, Paris y Roma. Habitados á los manjares de su país, por más que á nosotros nos parezcan duros y groseros, no sólo los experimentan más gratos, pero más saludables. Nacieron entre nieves, y viven gustosos entre nieves; como nosotros no podemos sufrir el frio de las regiones septentrionales, ellos no pueden sufrir el calor de las australes. Su modo de gobierno es proporcionado á su temperamento; y aún cuando les sea indiferente, engañados con la costumbre, juzgan que no dicta otro la misma naturaleza. Nuestra política es barbarie para ellos, como la suya para nosotros. Acá tenemos por imposible vivir sin domicilio estable; ellos miran este como una prision voluntaria, y tienen por mucho más conveniente la libertad de mudar habitacion cuando y á donde quieren, fabricándosela de la noche á la mañana, ó en el valle, ó en el monte, ó en otro país. La comodidad de mudar

de sitio, segun las várias estaciones del año, sólo la logran acá los grandes señores; entre aquellos bárbaros ninguno hay que no la logre, y yo confieso que tengo por una felicidad muy envidiable el poder un hombre, siempre que quiere, apartarse de un mal vecino, y buscar otro de su gusto.

Olavo Rudbec, noble sueco, que viajó mucho por los países septentrionales, en un libro que escribió, intitulado *Laponia illustrata*, dice, que sus habitadores están tan persuadidos de las ventajas de su region, que no la trocarán á otra alguna por cuanto tiene el mundo. De hecho representa algunas conveniencias suyas, que no son imaginarias, sino reales. Produce aquella tierra algunos frutos regalados, aunque distintos de los nuestros. Es inmensa la abundancia de caza y pesca, y ésta especialmente gustosísima. Los inviernos, que acá no son tan pesados por húmedos y lluviosos, allí son claros y serenos; de aquí viene que los naturales son ágiles, sanos y robustos. Son rarísimas en aquella tierra las tempestades de truenos. No se cria en ella alguna santidad venenosa. Viven tambien exentos de aquellos dos grandes azotes del cielo, guerra y peste. De uno y otro los defiende el clima, por ser tan áspero para los forasteros, como sano para los naturales. Las nieves no los incomodan, porque, ya por su natural agilidad, ya por arte y estudio, vuelan por las cumbres nevadas como ciervos. La multitud de osos blancos, de que abunda aquel país, les sirve de diversion, porque están diestros en combatir estas fieras, que no hay lapon que no mate muchas al año, y apenas se ve jamas que algun paisano muera á manos de ellas.

Añadamos que aquella larga noche de las regiones subpolares, que tan horrible se nos representa, no es lo que se imagina. Apenas tienen de noche perfecta un mes entero. La razon es, porque el sol descende de su horizonte solos veinte y tres grados y medio, y hasta los diez y ocho grados de depresion duran los crepúsculos, segun el cómputo que hacen los astrónomos. Tampoco la ausencia aparente del sol dura seis meses, como comunmente se dice, si solos cinco; porque á causa de la grande refraccion que hacen los rayos en aquella atmósfera, se ve el cuerpo solar medio mes ántes de montar el horizonte, y otro tanto despues que baja de él. Sabido es, que un viaje que hicieron los holandeses el año de 1596, estando en setenta y seis grados de latitud septentrional, vieron, con grande admiracion suya, parecer el astro quince ú diez y seis dias ántes del tiempo que esperaban. En las *Paradojas matemáticas* explicamos este fenómeno (*); de modo que, computado todo, mucho más tiempo gozan la luz del sol los pueblos septentrionales que los que viven en las zonas templadas ó en la Tórrida. Y así, lo que se dice de la igual reparticion de la luz en todo el mundo, aunque se da por tan asentado, no es verdadero (1).

(*) En el discurso VII del tomo III, que es uno de los omitidos en esta edicion. (V. F.)

(1) Monsieur de Mairan, de la academia real de las Ciencias, por el cómputo que hace del sucesivo aumento de refraccion de los rayos solares, segun los climas distan más del Ecuador, infiere, que debajo de los polos todo el año es dia; de modo, que si en aquellas partes hay tierras habitadas, los que viven en ellas nunca necesitan de luz artificial; porque cuando llega el sol al

completa mayor comodidad para su persona hace lo que san Pedro, que luégo que vió que le iba bien en el Tabor quiso fijar para siempre su habitacion en aquella cumbre, abandonando el valle en que habia nacido.

§ III.

Es verdad que no sólo las conveniencias reales, mas tambien las imaginadas, tienen su influjo en esta adherencia. El pensar ventajosamente de la region donde hemos nacido sobre todas las demas del mundo, es error, entre los comunes, comunísimo. Raro hombre hay, y entre los plebeyos ninguno, que no juzgue que es su patria la mayorazgo de la naturaleza, ó mejorada en tercio y quinto en todos aquellos bienes que esta distribuye, ya se contemple la indole y habilidad de los naturales, ya la fertilidad de la tierra, ya la benignidad del clima. En los entendimientos de escalera abajo se representan las cosas cercanas como en los ojos corporales, porque aunque sean más pequeñas, les parecen mayores que las distantes. Sólo en su nacion hay hombres sabios; los demas son punto ménos que bestias; sólo sus costumbres son racionales, sólo su lenguaje es dulce y tratable; oír hablar á un extranjero les mueve tan eficazmente la risa cómo ver en el teatro á Juan Rana; sólo su region abunda de riquezas, sólo su principe es poderoso. A lo último del siglo pasado, cuando las armas de la Francia estaban tan pujantes, hablándose en Salamanca en un corrillo sobre esta materia, un portugues de baja esfera, que se hallaba presente, echó con aire de apotegma este fallo político: « Certu eu naon vejo principe en toda á Europa, que hoje poda resistir ao rey de Francia, si naon ó rey de Portugal. » Aun es más extravagante lo que Miguel de Montaña, en sus *Pensamientos morales*, refiere de un rústico saboyano, el cual decia: « Yo no creo que el rey de Francia tenga tanta habilidad como dicen; porque si fuera así, ya hubiera negociado con nuestro duque que le liciese su mayordomo mayor. » Casi de este modo discurrir en las cosas de su patria todo el infimo vulgo.

Ni se eximen de tan grosero error, bien que disminuido de algunos grados, muchos de aquellos que, ó por su nacimiento, ó por su profesion, están muy levantados sobre la humildad de la plebe, ó que son infinitos los vulgares que habitan fuera del vulgo, y están metidos como de gorra entre la gente de razon. ¡Cuántas cabezas bien atestadas de textos he visto yo muy encaprichadas de que sólo en nuestra nacion se sabe algo; que los extranjeros sólo imprimen puerilidades y bagatelas, especialmente si escriben en su idioma nativo. No les parece que en frances ó italiano se pueda estampar cosa de provecho; como si las verdades más importantes no pudiesen proferirse en todos idiomas. Es cierto que en todo género de lenguas explicaron los apóstoles las más esenciales y más sublimes. Mas en esta parte bastantemente vengados quedan los extranjeros; pues si nosotros los tenemos á ellos por de poca literatura, ellos nos tienen á nosotros por de mucha barbarie. Así que, en todas tierras hay este pedazo de

Nosotros vivimos muy prendados de los alimentos de que usamos, pero no hay nacion á quien no suceda lo mismo. Los pueblos septentrionales hallan regaladas las carnes del oso, del lobo y del zorro; los tártaros, la del caballo; los árabes, la del camello; los guineos, la del perro, como asimismo los chinos, los cuales ceban los perros y los venden en los mercados, como acá los cochinos. En algunas regiones del África comen monos, cocodrilos y serpientes. Scaligero dice, que en várias partes del Oriente es tenido por plato tan regalado el muroiélago, como acá la mejor polla.

Lo mismo que en los manjares sucede en todo lo demas; ó ya que lo haga la fuerza del hábito, ó la proporcion respectiva al temperamento de cada nacion, ó que las cosas de una misma especie en diferentes países tienen diferentes calidades, por donde se hacen cómodas ó incómodas, cada uno se halla mejor con las cosas de su tierra que con las de la ajena, y así, le retiene en ella esta mayor conveniencia suya, no el supuesto amor de la patria.

Los habitadores de las islas Marianas (llamadas así porque la señora doña Mariana de Austria envió misioneros para su conversion) no tenían uso ni conocimiento del fuego. ¿Quién dijera que este elemento no era indispensablemente necesario á la vida humana, ó que pudiese haber nacion alguna que pasase sin él? Sin embargo, aquellos isleños sin fuego vivian gustosos y alegres. No sentian su falta, porque no la conocian. Raíces, frutas y peces crudos eran todo su alimento, y eran más sanos y robustos que nosotros; de modo que era regular entre ellos vivir hasta cien años.

Es poderosísima la fuerza de la costumbre para hacer, no sólo tratables, pero dulces, las mayores asperezas. Quien no estuviere bien enterado de esta verdad tendrá por increíble lo que pasó á Estéban Bateri, rey de Polonia, con los paisanos de Livonia. Noticioso este glorioso principe de que aquellos pobres eran cruelmente maltratados por los nobles de la provincia, juntándolos, les propuso, que, condolido de su miseria, queria hacer más tolerable su sujecion, conteniendo á más benigno tratamiento la nobleza. ¡Cosa admirable! Bien léjos ellos de estimar el beneficio, echándose á los piés del Rey, le suplicaron no alterase sus costumbres, con las cuales estaban bien hallados. ¿Qué no vencerá la fuerza del hábito, cuando llega á hacer agradable la tiranía? Júntese esto con lo de las mujeres moscovitas, que no viven contentas si sus maridos no las están apaleando cada dia, aún sin darles motivo alguno para ello, teniendo por prueba de que las aman mucho aquel mal tratamiento voluntario.

Añádese á lo dicho la uniformidad de idioma, religion y costumbres, que hace grato el comercio con los compatriotas, como la diversidad le hace desapacible con los extraños. En fin, concurren á lo mismo las adherencias particulares á otras personas. Generalmente el amor de la conveniencia y bien privado que cada uno logra en su patria le atrae y le retiene en ella, no el amor de la patria misma. Cualquiera que en otra region

tropical de Capricornio, no puede faltarles una luz crepuscular bien sensible. Y juzgo que el cómputo y la ilacion son justos.